

La independencia como problema

Rafael Lara-Martínez

Recepción: 10/03/2009 • Aprobación 14/04/2009

“Siempre se ha hermanado el ideal de la libertad con la sed de sangre de los vencedores”

(J. Dols Corpeño⁴², *Revista del Ateneo*, Año II, No. 14, diciembre de 1913 y 1914: p. 71).

Resumen

Este artículo examina la producción intelectual de una organización cultural salvadoreña: el Ateneo, instituido en diciembre de 1912. Sin establecer distinciones de género, estudia la manera en que poesía, narrativa y ensayo visualizan la independencia centroamericana y su corolario, la vida republicana durante las primeras décadas independientes. Los miembros fundadores del Ateneo describen la independencia como acontecimiento gratuito, sin voluntad popular ni determinación política seria. Anotan que la independencia carece de un proceso continuo que vincule el primer grito (1811), con la doble

42 J. Dols Corpeño, seudónimo de José Dolores Corpeño, primer presidente del Ateneo)

declaración final (1821 y 1823). Las guerras independentistas contra la metrópolis colonial se reducen al mínimo. Las sustituyen conflictos bélicos republicanos, que convierten la nueva región independiente en “pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras” (Dols Corpeño, 1914:36). Por un testimonio vivido, la conciencia pacifista radical de los primeros ateneístas denuncia guerras fratricidas sin más objetivo que el simple alcance del poder, en sucesos en los cuales nuestra actualidad celebra una apoteosis. “¿No veis cómo se matan hermanos con hermanos?”

Palabras claves:

Ateneo de El Salvador, historiografía de la independencia centroamericana y salvadoreña, unión centroamericana, vida republicana, pacifismo radical

Abstract

“Independence as a problem” examines the intellectual production of one Salvadoran cultural organization: the Ateneo, established in December, 1912. Beyond any distinction of genre, the article analyzes how poetry, narrative and essay describe the Central America independence, as well as its corollary, the republican life during the first independent decades. The founding members of this institution portrayed the independence as a random event, deprived of popular will, and political determination. This generation pointed out the lack of a continuous



process from the first attempt of independence (1811) to its final and dual declaration (1821, and 1823). Instead of wars of independence against the colonial regime, the Central American Isthmus —El Salvador in particular— is characterized by republican armed conflicts, which transformed the region into “pyramids of corpses that raise in the valleys”. By an eyewitness account —a *testimonio*— the radical pacifist consciousness of the first *Ateneístas* denounced fratricide wars for the simple achievement of power, in the same historical events that our present time perceives as apotheosis. “Don’t you see how brothers are killing brothers?”.

Key words:

Ateneo de El Salvador, historiography of Central America and El Salvador Independence, Republican life, radical pacifismo,

Preámbulo

Analizamos en este desarrollo, la visión que nos ofrecen los socios fundadores y primeros miembros de una organización cultural salvadoreña —el Ateneo de El Salvador (diciembre de 1912)— de la doble independencia centroamericana —la primera, la emancipación de España (1821) y la segunda de toda potencia extranjera (1823)— al mismo tiempo que reseña el enfoque de dichos personajes sobre la vida independiente del istmo.

Esta generación olvidada celebró el primer centenario del primer grito de independencia (1811), así como el de la independencia con un mayor decoro que el nuestro: mientras en la actualidad la pompa cívica dispone la conmemora-

ción patria, los ateneístas y sus contemporáneos nos muestran una visión más trágica y reflexiva de la historia. Si la independencia ocurrió por simple contingencia, sin luchas populares ni resolución política, la vida independiente la dictaron guerras fratricidas y matanzas que opacaron toda ilusión de libertad.

El artículo rescata la producción cultural de una generación olvidada, clave para nuestro presente que se apresta a festejar el segundo centenario de la independencia centroamericana en el año 2011, a la vez que restituye una conciencia pacifista irreconocida. La propia existencia de esta generación la destierra una hegemonía liberal que la considera “anti-patriótica”.

En la inventiva histórica liberal, “las ideas extremas de los partidos socialistas y antimilitaristas” —así como las indígenas comunales— que se arraigan en “las masas populares” menoscaban “el sentimiento innato, el dogma inmortal del amor a la patria” (Guzmán, 1914). En cambio, en “tiempos de paz”, para los reformadores, la disparidad entre “20.3% que absorbe la Cartera de Guerra y Marina” contra el “5.65% de la Cartera de Instrucción Pública” requiere construir un “equilibrio económico”. “Aspiremos para que tengamos cada día menos necesidad de grandes ejércitos, los que, en realidad, no han tenido desde hace 90 años que somos independientes, más misión que la de destrozarnos entre hermanos” (Suay, 1911:12).



Más que una nación unida en su anhelo libertario, *La independencia como problema* rastrea las raíces de un país dividido desde sus comienzos fundacionales.

Del olvido cívico...

Hacia la fundación del Ateneo de El Salvador sucede un “renacimiento intelectual” en el país (Año I, No. 1, p. 1). “Después de un eclipse de varios años, debido al período de desorganización que hemos atravesado”, se percibe una “favorable oportunidad” para discutir la cuestión nacional de manera seria y razonada. Sus primeros socios creen que “el poder de la ciencia” superará “estériles e infecundas luchas”, políticas sangrientas. (Año I, No. I, p.1). La utopía de una “Nación que pertenece a todos” por el “auxilio de la Ciencia” y del “Arte”, inauguraba el *Libro Araujo*. (1914: 10).

La conciencia de un desastre histórico, intentó revertir su esfuerzo hacia la labor conjunta de todos los “hombres de ciencia, de letras y de arte, que hasta ahora han vivido aislados”. “Bajo los nobles auspicios del Jefe de la Nación Salvadoreña”, Manuel E. Araujo (1911-1913), la utopía consistió en inaugurar un espacio público de expresión en el cual, la discusión argumentada sustituyera los conflictos armados. (Año I, No. 1, p.1).

Desde *El Primer Certamen Literario* del Ateneo, una de las temáticas más reite-

radas, interpretaba el sentido de la independencia centroamericana, en aquel principio de siglo (Año I, Nos. 11 y 12, pp. 381-382). La respuesta más tradicional la exponía la conformación de una religión laica para uso del Estado y de la cultura oficial.

En esta línea conservadora, el panegírico reemplazaba el pensamiento crítico que hacía de la independencia un problema. Bajo la misma rúbrica, clasifican varias famosas poesías que componen *Patria*, de Francisco Gavidia; (1974: 241-376), odas, biografías y discursos incluidos en los *Juegos Florales del Centenario de la Insurrección de 1811* (1911) y *El libro de los Juegos Florales* (1921), al igual que la “Oda a Centroamérica”, de Alfonso Espino (1921), poeta doblemente laureado. (Año IX, No. 84, pp. 1521-1526 y Año X, Nos. 85-87, 1598-1601).

En esta tendencia, también, se inscribían las semblanzas de los próceres, las loas a la libertad, los himnos a la bandera y un sinnúmero de trabajos que al reseñar “El Salvador a través de la historia”, le prescriben el título, en la pluma de Salvador R. Merlos (1918), de “hija predilecta de la Federación”; pero que admite, sin embargo, que “el Sol del Unionismo” implica “fresca sangre”, saber “derramar la sangre”, sin osar asociar este hecho a matanzas que enturbian ideales. (Año VI, Nos. 57-68, pp. 1206-7). Hay una exaltación de la patria —un ascenso glorioso a la libertad— sin más contrariedad que



célebres sacrificios de hombres ilustres, de los próceres y de algunos de sus prosélitos populares.

Esta corriente instituye un civismo fervoroso. Pero al proponer una creencia patriótica ciega, su principio pasional traiciona “el poder de la ciencia” (Libro Araujo, 1914:10) sometido a demostraciones historiográficas, al igual que a posibles contra argumentos. El olvido cívico —lo que el civismo olvida en sus loas piadosas— es exigir razonamientos metódicos y antítesis que deduzcan sus flaquezas. En esta omisión surgen tres socios del Ateneo: Adrián M. Arévalo, José Dols Corpeño, quien fuera su primer presidente, y Abraham Rodríguez Peña; con sus respectivas propuestas sobre la independencia como problema.

A la convención historiográfica republicana en boga, aquélla que proclama una gesta heroica popular dirigida por próceres iluminados, como José Matías Delgado, según la historia oficial, pero “al lado de los monárquicos” y sin “destacarse antes de la proclamación de independencia” (Durán, 1961: 13); con atinada lucidez, los tres miembros no contraponen la invención de un nuevo mito: búsqueda de prohombres populares de izquierda, Pedro Pablo Castillo, cual lo sugiere Alejandro Dagoberto Marroquín (*Apreciación*, 1974: 73-76).

Ambas posiciones contrapuestas —historia conservadora oficial y revisión mar-

xista— mantienen en común la idea de una gesta heroica por la fundación de la patria. En cambio, los ateneístas aducen la ausencia de todo proceso de independencia y, peor aún, aún, un descalabro fratricida que es subsiguiente a la “fábula liberadora” de 1821: la independencia como “ficción deslumbradora”, “espejismo” y demás sinónimos, como la defen- de Dols Corpeño (1914: 10 y 14).

A diferencia de otras regiones de Latinoamérica, en El Salvador es imposible reconstruir un transcurso incesante de luchas independentistas. Entre el primer grito en 1811 —el segundo intento abortado por lanzar otro grito de independencia, en 1814— y su doble declaración final en 1821 (con la independencia de España) y en 1823 (independencia de toda potencia extranjera), no existe una continuidad.

Según los ateneístas, se presentaba un hiato infranqueable, un dilatado letargo independentista, sin líderes obvios ni voluntad popular. Entre esos siete a diez años de sopor (1811-1814, 1821-1823), floreció la indiferencia. El desmayo patriótico lo comprueban las escuetas “anotaciones cronológicas” que realizan los historiadores Francisco J. Monterey y Miguel Ángel García, para los años 1815-1820; el término lo aporta el título del trabajo de Monterey (1943/1977: 49-60), y lo secunda García (1952: 307-308). Acaso la idea de una lucha continua por la independencia sería un mito fundacional, republicano y liberal.



La visión más trágica de los ateneístas –quizás más realista, al recordar matanzas independientes cuyo año emblemático fue 1863– es irreconocida por una razón filosófica hegemónica, bastante tradicional. “En nuestro Estado no podemos admitir otras obras de poesía [e historia], que los himnos a los dioses y los elogios de los hombres grandes” (Platón, *La República*, Libro X, 1973: 289). El civismo habita “la ciudad del silencio y del olvido” (Ramírez Peña, 1912:99).

...a la independencia como problema

Si no existe proceso de independencia y la libertad imprevista expresa “sed de sangre” (cita? No. de página, año), Dols Corpeño se pregunta por las razones del “espejismo de mil ochocientos veintiuno” y del “cauce sangriento [que] se abrió en tierra centroamericana” debido a esa “contingencia” (1914: p.14). He aquí resumida, en un ensayo laureado, su posición crítica; la cual, el propio presidente en turno, Manuel E. Araujo, en su alocución del 3 de julio de 1913, caracterizó de “alta aristocracia del talento” (Dols Corpeño, 1914, p.3).

El espejismo de mil ochocientos veintiuno –asonada que «casualmente», sin un gesto heroico, saludamos como nacimiento de la Patria– [es una] ficción deslumbradora de soberanía [cuya] fatalidad [produjo] matanzas y debates fratricidas [en pueblos que] jugaban a la libertad, como jugar a las muñecas [con] sus manos manchadas de sangre. [Si deseamos testimonio vivo], fijemos los ojos en la huella triste que señala en

los campos el paso de la discordia y de la matanza. Pidamos una palabra a esas pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras.” (Dols Corpeño, 1914: pp. 14 y 19, 26 y 36).

Ya eran eco lejano los acontecimientos reseñados [de 1814] cuando vino intempestivamente el amanecer de la Patria soñada [...] el acta de Independencia [...] no sintetiza el ideal supremo de los próceres de 1811, porque no se adoptó la resolución firme y categórica de declarar la forma de Gobierno, sino que se dejó a la deliberación de un Congreso [...] los hombres de 1821 no estaban poseionados de la doctrina republicana y abrigaban temor a la democracia. Tampoco era firme su propósito de libertad [...] el espíritu monárquico vivía latente en la sociedad [...] cuatro meses después tuvo Centroamérica su primera caída, al consumarse [...] su anexión a México [...] y guió ese atentado la aristocracia monárquica de Guatemala [...] tras un violento forcejeo el 24 de junio de 1823 se logró sellar la segunda independencia [la cual] comprobaba la falta de unidad y la anarquía en los principios [...] la Constitución Federal decretada el 22 de noviembre de 1824 [establecía] hermosas teorías [al lado de las cuales] los patriotas pusieron las bases de la anarquía [...] al llegar como primer Presidente de Centroamérica, Manuel José Arce en abril de 1825 [se convirtió] en manzana de la discordia y quizás causa del sangriento desbarajuste [...] es él ejemplo de la tiranía y la inconsecuencia [del] incremento del sangriento separatismo



[seguido por la dictadura de] Mariano de Aycinena [...] éste en su esfera y Arce en otra, sentaron el precedente de la guerra civil, de 1827 a 1829, una época horrenda. (Dols Corpeño, 1914: 53-57, 60 y 64).

La visión trágica de Dols Corpeño, dibuja una tortuosa línea cronológica de eventos adversos. Nos conduce de una independencia accidental que llega de afuera sin gesta heroica, en 1821; recaída en la sumisión imperial mexicana, 1822; segunda independencia que titubea en sus principios políticos rectores, 1823; tiranía de Arce y Aycinena, como preludio funesto al fratricidio separatista, 1825-1829; paréntesis caudillista de Francisco Morazán, quien también se impone por la violencia guerrera en Gualcho, 1828-1838; ascenso de Rafael Carrera, 1839; sangrienta *agonía* morazánida en el Espíritu Santo y San Pedro Perulapán, 1839; hasta separación inevitable, 1840-1842. Esta cronología la corona “nuestra decadencia” que “de pueblos de pensadores y patriotas” descendimos “a pueblo de bárbaros” (Dols Corpeño, 1914: 69).

Por su parte, Ramírez Peña estropea la celebración del “Centenario del Primer Grito de Independencia (1811-1911)” al evocar los “estragos” bélicos del período independiente (*Juegos Florales*, 1911). Mientras todos los intelectuales que inventan una religión laica se visten de gala para recitar loas a la patria, su postura pacifista les recuerda el sino trágico de la soberanía nacional.

Dos décadas después, Ramírez Peña proyectó la cronología de Dols Corpeño —suspendida en el descalabro de Morazán (1840-1842)— en la cual prosigue el sino fatídico de Centroamérica con las matanzas por la guerra entre Guatemala y El Salvador, comandada por Rafael Carrera y Gerardo Barrios, en 1863. El corolario “colateral” de la independencia fueron guerras fratricidas y despiadadas —“desastrosas carnicerías humanas [...] en el transcurso de un siglo de vida revoltosa” — en las cuales, con toda honra se descuartizó al enemigo, al “hermano” centroamericano. (Ramírez Peña, 1910: 95 y 182)

Estamos próximos a cumplir cien años de vida independiente, y ¿qué hemos hecho durante tanto tiempo? Destruimos mutuamente [...] en la parte que el general Santiago González comunicó al ministro de la guerra el día 28 de febrero de 1863 se leen estos párrafos: “el campo de Coatepeque, al anochecer del día 24 de febrero era un vasto osario: el campo enemigo cubierto de cadáveres y heridos, el cielo ennegrecido por la pólvora, la desolación y la muerte por todas partes [...] causaba verdadero horror el campo de Coatepeque a la vista no sólo del número de muertos, sino también por el estado de ellos: por todos lados se encontraban miembros humanos, ya una cabeza, ya un brazo, una pierna, hombres divididos en dos partes, estragos causados por nuestra artillería, que con tanto acierto dirigieron los oficiales Biscouby y Vassel



dignos de recomendación. (Ramírez Peña, 1910: pp. 11-12, 40-41).

Lo notable de la postura pacifista de Ramírez Peña, contrasta con posiciones más convencionales que —en defensa de valores liberales y unionistas clásicos— olvidan que 1863 representa una devastación. Si por convenio *patriótico* la matanza —que despedaza enemigos conservadores y separatistas— se percibe como “memorable jornada [...] en que quedaron aniquiladas hordas impositoras” (Año IV, No. 33, p. 620) parecería que todo valor ideal resulta inmune a la práctica social, a la violencia, por la cual se realiza. “Conquistar laureles inmarcesibles en los campos de Coatepeque” (Año VI, Nos. 57-68, pp. 1214) significaba coronar al vencedor gracias a la mortandad del vencido mutilado. Por ese acto de festejo ante el estrago guerrero, se empaña la permanencia absoluta del concepto de libertad que tanto se añora.

El legado inmediato de esas masacres —orfandad generalizada, bandolerismo, fechoría, como medio de ascenso social y proveedora de servicios legales, identidad nacional, como disfraz— lo describe la mejor novela de Ramírez Peña, *Cloto* (1916).

Estudios antropológicos posteriores ilustrarían la tragedia demográfica indígena que significaron las guerras fratricidas que se extendieron por varias décadas del siglo XIX.

La detallada monografía de *Panchimalco* que realizó Alejandro Dagoberto Marroquín (1959), ofrece información valiosa sobre los cambios poblacionales en ese municipio para los años 1807 y luego para 1860-1890. Estos datos, únicos para el siglo XIX, obligan al antropólogo a contradecir tesis relativas a “la famosa ‘consunción’” de “la población indígena [...] causada por la política de los españoles a raíz de la conquista” Por el contrario, las cifras de finales de la época colonial demuestran que “no hubo ningún déficit” (p. 97) poblacional hacia el final de ese período.

En cambio, el declive estadístico sólo puede documentarlo para el período que abarca de 1807 a 1860. Esta reducción demográfica la explica “el reclutamiento forzoso de la mayoría de los jóvenes [indígenas] en edad militar [cuyo] destino era servir de carne de cañón [...] en las guerras fratricidas [lo cual] nos lo confirma la tradición [oral de] los ancianos del pueblo”. En contraste con otras regiones de Latinoamérica, en El Salvador, la violenta vida independiente —“las guerras intestinas que abundaron tanto durante el siglo XIX”— ocasiona una disminución poblacional indígena más adversa que la provocada por la colonia. (Marroquín, 1959: 98)

Arévalo remata esta percepción crítica de una vida independiente sometida a masacres. Su novela histórica, *Lorenza Cisneros* (1912), narra “el nuevo tutelaje



que los *nobles* guatemaltecos quieren imponerle a mi Patria” (p.20), por lo cual se necesita una segunda independencia, la de 1823, luego de la anexión al México monárquico. Relata también el anhelo fallido que representa Francisco Morazán y que culmina en “la marcha al Oriente del Estado”, y “la tremenda carnicería” en la cual, “rodó el cuerpo de Jorge Llerena”, (p.60) prometido de Lorenza. ¿Se trataba de San Pedro Peruluapán o Espíritu Santo, 1939? “Es la sangre de Peruluapán y Espíritu Santo”, confirmaría Dols Corpeño (1914:67). “Morazán cayó porque quería la Unión a balazos” (Arévalo, 1916:40).

Lorenza y su padre —“Juan Vicente Cisneros, Jefe Supremo del Estado”— no conciben más alternativa que “sepultarse en el fondo del olvido”. (Arévalo, 1912:72). Emigran a una retirada población, quizás al mismo Peruluapán o a Espíritu Santo, “lejos de las bajas intrigas” capitalinas, luego de que “con la muerte de la Federación Centroamericana nace el reinado de los cuervos” (p. 73). En el *in-silio* (exilio interior), “la hija del enemigo acérrimo de la tiranía” —prometida eterna del ‘Brigadier Jorge Llerena’— “llora sus esperanzas muertas”. (p.74).

Arévalo es el único autor que le concede a la mujer un papel activo en la política, incluso durante la guerra. Si enlutada Lorenza Cisneros se dedica a velar las tumbas de su padre y de su prometido, en *El 63. Episodios Nacionales Histórico-Novelescos* (1916), la fémina actúa como

consejera, apoyo vital para el ejército de Barrios y, al cabo, al empuñar armas, como personal militar diligente en la defensa de la capital salvadoreña liberal contra la invasión conservadora de Carrera.

Sin embargo, como consejera íntima de Barrios, la mujer nunca logra una posición administrativa de prestigio. “Si en mi mano estuviera a Beatriz [de Dorantes] la nombraría Ministro general del gobierno que presido”, (Arévalo, 1916:22) reconocía el mismo Barrios. Acaso aún para la causa liberal, la esfera política se halla reservada a lo masculino. Como combatiente, ella muestra la misma crueldad que sus colegas del sexo opuesto, cuando quema vivo al enemigo guatemalteco. En nombre de la autodefensa y de la república liberal, unos “veinte soldados” (p. 151) invasores ardieron borrachos en una cabaña. El terror de los invasores lo contrasta la barbarie de las defensoras, cuyo hondo lamento se expresaría en la lástima por no lograr consumir vivos a más guatemaltecos en las llamas.

Achicharar a los malditos chapines que caigan en la trampa, cuando ya estén bien borrachos. —¡Qué idea más *peleaguda!* [...] saliendo bien la cosa, no importa como dices, pegarle fuego a la tal casa, que por cierto está bastante vieja, ya que sus llamas tostarán a unos veinte miserables. Qué lástima que no sean más [...] momentos después, grandes llamas se alzaban esparciendo su luz siniestra



por aquellos alrededores en donde los invasores había sembrado el terror y el espanto. (Arévalo, 1916:150-151)

Arévalo retomaría la interpretación *pacifista* de Ramírez Peña, cuando recuerda la fecha emblemática del descalabro independiente en el Istmo, 1863. En su segunda novela, *El 63*, denomina la vida independiente “la danza macabra”. Las guerras por la “misión unionista” —viceversa, por la separatista— concluyen en “fértiles campiñas [en Coatepeque], dando abundantes frutos, gracias a la sangre guatemalteca derramada en ellas de manera lastimosa”. (1916: 87).

Todo ideal de unión y libertad se ahoga en la hecatombe, aunque sea por autodefensa. “No es dable pasar rápidamente de la lucha [fratricida] a la unión pacífica y sincera” (Ramírez Peña, 1910: 148), según establecía en la Conferencia de Paz Centroamericana, celebrada en Washington, D. C., en noviembre de 1907. El proyecto unificado de nación, lo asfixiaban disputas homicidas.

Esa asfixia por disputas homicidas la confirma el testimonio de un soldado raso que luchaba al lado de Barrios hasta el descalabro liberal. El verdadero ideal consistía en vengar la muerte de su padre y la tristeza de su madre:

...matar, matar más, ¡matar siempre y sin misericordia el mayor número de enemigos! Vengaré a mi padre —se decía a sí mismo el intrépido mancebo— ¡Oh sí! ¡lo vengaré aunque me cueste

la vida! ¡Pues qué! ¡Haber fusilado al autor de mis días esos canallas! ¡Un pobre viejo!... en todas mis correrías logré matar veinte enemigos, herir cinco y hacer prisioneros seis. Por supuesto, los últimos fueron pasados por las armas; los heridos se murieron a la postre: por todos, pues, ¡sólo fueron treinta y uno los de mi cosecha! Estoy satisfecho: mi padre ha de haber visto desde el cielo que, si más se me hubieran puesto a tiro, me los soplo sin remordimientos para vengar cumplidamente la muerte que le dieron a él, al pobre viejo, ¡que ya apenas podía con la fe de bautismo!... (Roque Baldovinos, 2008, s/p).

Esa matanza afectaba, no sólo a dos países hermanos y enemigos, sino a una misma nación, dividida en posiciones políticas en pugna. “Es verdad que no solo fueron guatemaltecos los que pusieron sitio a San Salvador, para derrocar al General don Gerardo Barrios y acabar con nosotros: la mayor parte de los sitiadores fueron salvadoreños y muy legítimos guanacos” (Roque Baldovinos, 2008, s/p). Desde sus inicios, la nación salvadoreña se encontraba seccionada en bandos enemigos que se combaten a muerte.

“Caudillaje y tiranía” reinaban “en el campo libre, campo de lucha de la codicia y de la desvergüenza humana, de la matanza y de los debates fratricidas” (Dols Corpeño: 1914-19). Ante la mortandad, en unión borgeana de los opuestos, no se sabe quién es traidor y quién



es héroe. Y “La Gloria” republicana nos confiesa: “he visto sus manos manchadas en sangre. ¿Cuál es Caín? ¿Cuál es Abel? ¿Cuál es Judas? ¿Cuál es Jesús? —No sé... Profundo silencio” (p. 30). Lo insigne se confunde con lo villano, ceñidos ambos por una oscura violencia bajo la cual, hechos y valores son *pardos*⁴³.

Coda

1811 fue la primera y única epopeya [independentista]. Centro América se declaró independiente sin efusión de sangre, y es por eso que no figuran acontecimientos trágicos ni épicos [en 1821]. El inmortal Padre Delgado se opuso a la incorporación de Centro América a México [1822], enviando una columna de tropas a Santa Ana y Ahuachapán, poblaciones que quizás simpatizaban con aquella incorporación, habiéndose entablado un combate en el Espinal [donde] se derramó la primera sangre generosa centroamericana [...] y empezaron nuestras fratricidas luchas. Miguel Ángel García (Año I, No. 12, pp. 46-48).

Bastan estas breves anotaciones de tres distinguidos intelectuales, Dols Corpeño, Ramírez Peña y Arévalo, para resumir un pensamiento crítico irreconocido. En el mes de septiembre, cuando entonemos cantos gloriosos y cívicos a la patria —de nuevo, ataviados de etiqueta— recordemos que al menos tres

43 Entiéndase la referencia como paráfrasis del proverbio popular de que reza que *de noche todos los gatos son pardos*.

pensadores, cinco, al añadir a Miguel Ángel García y a Salvador Turcios, finiseculares del XIX, percibieron carencia y olvido, en dicha celebración. Todos ellos nos revelan apoteosis exageradas e irreverentes, en un país recién fundado y sin proyecto unificado de nación.

Celebramos gestas épicas independentistas sin documentarlas. A la vez que acallamos el fratricidio resultante. Acechada por una historia violenta, la conciencia de una generación olvidada nos exige una reflexión seria sobre su propio testimonio del siglo XIX, época que los procrea. “Yo, en esa fecha [1863], era un niño de seis años”, (Arévalo, 1916: 63) asegura el testimonio ocular de la huída de Barrios⁴⁴. Quino Caso, (s/f: s/p) justificó la afirmación como testimonio ocular: “quien escribe este relato se encontró en lugar privilegiado para ver y oír en forma directa [...] tenía doce años de edad, decía, quien estas cosas relata, cuando llegó a la Dirección General de Policía su padre, don Saturnino Rodríguez Canizales”. De Arévalo a Caso hay una conciencia testimonial olvidada.

La violencia fundadora la viven como presencia continua, ya que a cinco semanas de la inauguración del Ateneo (1 de diciembre, 1913), asesinaron al mecenas, el “Gran Protector de las Letras Nacionales”, Manuel E. Araujo, quien murió el 9 de febrero de 1913. Al

44 La intención testimonial se repite en las páginas 44, 62, 134 y 139.



velar su memoria de “Gran Hombre y Mártir”, los ateneístas le dedicaron un número entero de su Revista (Año I, No. 6, 9/abril/1913) y editaron *Libro Araujo* (1914), una voluminosa obra que recopila poesía, ensayo, discursos y cartas, como forma de brindarle honor póstumo.

El oscuro homicidio, un atentado a machetazos que ocurrió el 4 de febrero de 1913, no tuvo un autor intelectual. Aunque según el periodista y poeta salvadoreño, Quino Caso, [s/f] fue el propio presidente de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, quien le quitó la vida. Este hecho *anunciado* de sangre, se alza como monumento mortuario de esa década del doble centenario (1911-1921). El anuncio lo asienta *Libro Araujo* (1914: 15). Su cuerpo, yaciente, se instituye como hado fatídico que ensombreció la ceremonia, al recordar la tragedia, los asesinatos individuales y en masa de las repúblicas independientes.

Para múltiples intelectuales de la época, Araujo representó el espíritu unionista, la oposición a la intervención estadounidense en Nicaragua, hecho que refrenda la verdadera independencia, y el ideal nacionalista que se oponía al carácter privado de los servicios públicos, como ferrocarriles y electricidad. (Suay, 1913, Turcios, 1915, Caso, s/f). Su muerte selló la disolución de esa triple alianza: unionismo-antiimperialismo-nacionalismo.

A este triángulo político, el Tesorero General de la República, José E. Suay (1911 y 1913) añadía una “obra económica” que aumentaba “las rentas” del Estado y amortiguaba la “deuda pública”. Suay, refería de la siguiente manera, el éxito fiscal de Araujo:

No hay Nación que esté en circunstancias de presentar los mismos resultados obtenidos en el lapso de un año, es decir: aumento en el producto neto de las rentas de \$16.28%; una disminución en la deuda pública general del 9% más o menos. Si el doctor Araujo pudiera obtener iguales resultados durante los 3 años que le faltan de su período presidencial, habría obtenido [...] nuestra autonomía financiera” (Suay, 1912: 13-14).

La reducción de la deuda pública la confirma el *Libro Araujo*⁴⁵. Su asesinato selló el fracaso de esa independencia económica que despegaba; luego de “21 años de esclavitud y de pasividad” (...) “el 1º de marzo de 1911”, siete meses antes de la celebración del primer centenario del grito de independencia, el 5 de noviembre de 1911, (Suay, 1912: 9). “De manera espléndida, los festejos fueron “pagados con recursos propios de Erario, con un gasto de poco menos de \$300,000” (p. 11).

Ante el féretro del “patriota, héroe y mártir” —“prócer mandatario”— los

45 Para detalles, ver página 30 de dicho documento.



escritos empolvados de esa generación, evocan la falta de “cruzada libertadora [—sin] audacia de colocarse por sí el simbólico gorro frigio”— (Dols Corpeño, 1914: 11) al igual que atestiguan el “paso de la discordia y de la matanza” en “carnicerías humanas” post-independentistas. (Ramírez Peña, 1910 y Arévalo, 1912). Hace un siglo, por esta recolección en florilegio, como cantan versos nahuatl, *flores que fenecieron sin huella*, el Ateneo se colocaba en un sitio privilegiado dentro de la producción intelectual salvadoreña.

Lejos de todo mito y adulación, sus primeros socios nos presentan “la independencia como problema”. Otro miembro aludido, Salvador Turcios, aducía: “que la Independencia fue el resultado de la preparación y aptitud decidida del pueblo [...] es un absurdo [sin documentación auténtica] *la paradoja de la independencia*” y señala una “feliz contingencia [...] sin partido autonomista [ni] aptitud decidida del pueblo” (Año I, No. 12, octubre/1913, pp. 391-393). Su consecuencia más patente son “los sombríos territorios de nuestra Historia, del año 1821 al presente” (Turcios, *Al margen*, 1915:28).

Este autor ilustra una visión liberal republicana bastante hispanocéntrica. Al mismo tiempo que denuncia “el imperalismo yanqui” (Año III, No. 30, y Año IV, Nos. 35-36), “acción de patriota ferviente y luchador por el engrandeci-

miento de Centro América”; declaraba que las tierras indígenas del común, los ejidos, eran causantes de *males y atraso*:

Como consecuencia de la extinción, el 2 de marzo de 1882, cuyo sistema hacía difícil obtener los beneficios de la mayor parte de los terrenos del Estado, ha entrado toda la propiedad raíz en el caudal de las especulaciones económicas. Por eso creemos que El Salvador es una de las Repúblicas de Hispano América que está menos expuesta a la conquista territorial por las razas extrañas [¿por la indígena?]. Resuelto el problema de los ejidos, que engendran los males y el atraso de la industria agrícola, como lo comprueba la Economía Política y Social, no es aventurado decir que se ha dado un gran halón en los destinos del país por la ruta indefinida del progreso. (Año I, No. 1, 1/diciembre/1912, s/p).

Acaso anti-imperialismo hispano y anti-indigenismo —eliminación de tierras ancestrales indígenas, concedidas por la propia corona española— correspondan a dos facetas complementarias de una misma línea liberal y republicana de pensamiento. Bajo la misma perspectiva, hispanismo de *raza ibero-americana*, sino anti indigenista, o al menos, sin opción indigenista, podrían estudiarse las celebraciones del *día de la raza*, el 12 de octubre⁴⁶. La exaltación de

46 Ver al respecto, Año III, No. 30, octubre/1915; Año VIII, Nos. 73-74, junio de 1919-noviembre de 1920, Castro García, 1922, y Ramírez Peña, 1920



España, “evocación de un maravilloso canto épico” (Castro García, 1920: 7), deja muy poco lugar para lo indígena en ese *día de la raza*.

Pero incluso las versiones más tradicionales, que exaltaban las glorias soberanas de la patria, no olvidaron el desastre de las repúblicas independientes. El festejo quedó obligado a reconocer un sino trágico y asesino que ensombrecía toda celebración irreflexiva. “¿No veis cómo se matan hermanos con hermanos?” (Carlos Bustamante, poeta laureado, *El libro*, 1921).

En luchas fratricidas, Patria, después
te aferras;
revoluciones ímprobos y criminales
guerras
entre las fauces del terror!
Envilecieron tus republicanos fueros,
Nativas autocracias! Callaron los
aceros,
En vez de hundirles su fulgor! (Llerena,
1921:22)

A inicios del siglo XXI, es paradójico el encierro mental de la globalización. Hace un siglo contamos más versiones sobre un hecho histórico fundamental, que en el presente democrático. Los ateneístas y sus contemporáneos demostraron un mayor decoro que el nuestro, en el homenaje. Obsesionada por la épica independentista, el heroísmo y el silencio de guerras independientes, la actualidad empaña toda versión que no apoye su predominio político. Pero para ello,

en vísperas del segundo centenario del primer Grito de Independencia (1811-2011) —¿de la única epopeya? — hay que olvidar toda aquella desconfianza que remuerda la conciencia histórica del primer centenario.

“Pidamos una palabra a esas pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras” (Dols Corpeño, 1914: 36), recita una exigencia historiográfica que nuestra (pos)modernidad no ejerce aún. Quizás, como señala nuestro autor, el “temor a la democracia”, sin “firme propósito de libertad” (p. 54) nos embarga desde 1821 hasta el presente. Quizás...

ÍNDICE BATALLAS DE EL SALVADOR (1822-1885)

1. Batalla del El Espinal, 12 de marzo de 1822. (1800-1900) *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo I 1950. Dr. J. A. Cevallos.
2. Batalla del Espíritu Santo, 12 de marzo de 1822. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo I Dr. J. A. Cevallos.
3. Batalla de Gualcho, 6 de julio de 1822. (1800-1900). *Revista del Archivo Nacional, Honduras*.
4. Batalla de Ramírez, 1822. (1800-1900) *Diccionario de Historia de América Central Villacorta*.
5. Batalla de Gualcho, del 24 de junio al 5 de julio de 1824. (1800-1900) *Revista del Archivo Nacional, Honduras*.
6. Batalla de Mejicanos, 14, 15 y 17 de agosto de 1824. (1800-1900) *Diccionario Histórico. Enciclopédico El Salvador*



7. Batalla de Arrazola, 23 de marzo de 1827. (1800-1900) *Gaceta de El Salvador*, N° 54, 9 de julio de 1852.
8. Batalla de Milingo, 18 de mayo de 1827. (1800-1900). *Memorias del General Manuel José Arce, y Modesto Barrios*.
9. Batalla de Milingo, 18 de mayo de 1827. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos
10. Batalla de la Trinidad, 11 de noviembre de 1827. (1800-1900), *Don Eustaquio Sierra de Sabana Grande, cuenta a Don Pascual Sandres los pormenores de la Batalla de Morazán a mediodía del 10 de noviembre de 1827*.
11. Batalla de Santa Rosa, Guatemala, enero de 1828. (1800-1900) *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo 3 SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos.
12. Batalla de Chalchuapa, 1º de marzo de 1828. (1800-1900) *Gaceta del Gobierno de Guatemala*, 3 de mayo de 1828.
13. Batalla de San Salvador, 12 de marzo de 1828. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo 3 SS 1920, Dr. José Antonio Cevallos.
14. Batalla de Santa Rosa, 21 de Marzo de 1928m (1800. 1900). *Boletín Oficial N° 7 del 7 de junio de 1871*.
15. Batalla de Mejicanos y la ciudad de San Salvador, 31 de julio de 1828. (1800-1900) Tomo III, Dr. José Antonio Cevallos
16. Batalla de Mejicanos, 20 de septiembre de 1828. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Tomo 3 SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos
17. Batalla de San Salvador, 23 de junio de 1830. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Tomo 3 SS 1920 Dr. Cevallos
18. Batalla de Jocoro, 14 de marzo de 1832. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Tomo III, SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos
19. Batalla de Potrero, 31 de enero de 1840. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Tomo III, SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos
20. Batalla de Obrajuelo, 15 de agosto de 1845. (1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Tomo 3 SS 1920 Dr. José Antonio Cevallos.
21. Batalla de la Arada, 2 de febrero de 1851. (1800-1900). *Diccionario de Historia de América Central Villacorta*.
22. Batalla de Santa Rosa, 21 de, marzo de 1856. (1800-1900). *Estudio Histórico de don J. R. Mora*. Miguel A. García
23. Batalla de las Charcas, Marzo 15 de 1829. (1800-1900). *Revista del Círculo Militar* Nos. 61 y 62. D. J. Guzmán
24. Batalla de Rivas, 11 de abril de 1856. (1800-1900). *Historia de América Central Villacorta*.
25. Batalla de San Jacinto, 14 de septiembre 1856. 1800-1900). *Recuerdos Salvadoreños*. Dr. José Antonio Cevallos.
26. Batalla de Masaya, 11 de octubre de 1856, (1800-1900). *Boletín de Noticias*. N° 20 de Octubre de 1856.
27. Batalla de Masaya, 15 de noviembre de 1856. (1800-1900). *Star and Herald*, 10 de Dic. Wendy Album 1956.
28. Batalla de San Pedro Perlarán, 28 de Abril de 1921, (1800-1900). *Diario Latino*, N° 14789, 25 de setiembre 1939.
29. Batalla de Coatepeque, 24 de febrero de 1863. (1800-1900). *Barrios ante la posteridad*. Managua. Gámez G.
30. Batalla de Santa Ana, librada los días 7, 8, 9 y 10 de abril de 1871. (1800-1900). Inserta en el *Boletín Oficial* N° 3



31. Batalla de Pasaquina, 1876. (1800.1900). *Diario Oficial* N° 304 de abril de 1876
32. Batalla de Pasaquina 17 de abril de 1876. (1800.1900). *Diario Oficial* N° 389 del 19 de abril de 1876.
33. Batalla de Santo Domingo, San Vicente 1885 (1800-1900). *Acción de Santo Domingo*, Tomo 1. Dr. José Antonio Cevallos.
34. Batalla de Chalchuapa, 1885 (1800-1900). *Diario Oficial*. N° 90 del 16 de abril de 1885.

La lista de treinta y cuatro batallas durante sesenta y tres años de vida independiente, presupone un promedio de 1.85. Este violento legado post-independentista, se traduce en un estado de guerra permanente; en el cual, cada nueve-diez meses, la sociedad se movilizaba para enfrentar nuevos combates. Toda energía creadora que anhela un afán de libertad y de auto-gobierno, se diluye en beligerancia fratricida. Esta tragedia combativa, corroe tanto más el tejido social en cuanto que se dirige contra hermanos vecinos o contra otros departamentos y ciudades salvadoreñas, en desacuerdo con la posición hegemónica de la capital. Basta recordar que la única *jornada revolucionaria* exitosa, la del 5 de noviembre de 1811 en San Salvador, nos ofrece la imagen de un país dividido y en pugna; ya que ciudades importantes, como San Miguel y San Vicente, se oponen a la gesta independentista. En general, los trabajos analíticos sobre la independencia del país, hacen exclusión de este legado bélico como corolario inmediato de una independencia que llegó de fuera y que careció de hondo arraigo, en un proceso de lucha generalizado. Parecería que libertad significaba derecho a la batalla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arévalo, Adrián M. (1912-1913). *Lorenza Cisneros*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador.
- _____. (1916). *El 63. Episodios Nacionales Histórico-Novelescos*. San Salvador: Imprenta Arévalo.
- Ateneo de El Salvador. (1912-1921). *Revista de Ciencias, Letras y Artes. Órgano del Centro del mismo nombre*. San Salvador
- Caso, Quino. *El primero de los Araujo*. San Salvador: Tlatoani, s/f. Cortesía de Roberto Morán Geoffroy.
- Castro García, Alberto. *Raza y patria*. (Premio con medalla de oro del concurso abierto del Ateneo de El Salvador, a iniciativa de la Comisión de Festejos de la celebración de “La Fiesta de la Raza” en el CLXXVII Aniversario del Descubrimiento de América). San Salvador: Imprenta Nacional, 1920.
- 5 de noviembre. *Segundo Certamen Literario del Ateneo de El Salvador*. (1913). San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador.
- Conferencia de Paz Centroamericana. (1907, noviembre). Washington, D. C., Estados Unidos de América
- Córdova, Enrique. (1961). *Ricardillo*. San Salvador: Tipografía Ungo, 1961.
- Dols Corpeño, José. (1914). *Patria*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador.
- _____. y Salvador Turcios R. (Eds.). (1914). *Libro Araujo – 9 de febrero de 1914*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador.
- El libro de los juegos florales (Centenario de nuestra Independencia, 15 de septiembre 1821 – 1921)*. (1921). San Salvador, Estado de El Salvador, Centroamérica: Imprenta Nacional.
- García, Miguel Ángel. (1952). *San Salvador. Desde la conquista hasta el año 1894. En lo político, social, ciencias, letras y bellas*



- artes. 1546-1946. Tomo I. San Salvador: Imprenta Nacional.
- Gavidia, Francisco. (1913). *Obras completas*. San Salvador: Imprenta Nacional
- _____. (1974). *Obras completas*. San Salvador: Ministerio de Educación.
- Guzmán, David J. (1914). *Comentarios sobre instrucción cívica y moral práctica y social*. San Salvador: Imprenta Nacional.
- Juegos Florales del Centenario de la Insurrección de 1811. Celebrados en San Salvador el día 3 de noviembre de 1911.* (1911). San Salvador: Tipografía "La Unión", Dutriz Hermanos.
- Marroquín, Alejandro Dagoberto. (1959). *Panchimalco. Investigación sociológica*. San Salvador: Editorial Universitaria.
- _____. (1974). *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña*. San Salvador: Editorial Universitaria.
- Monterey, Francisco. (1910). *Historia de El Salvador. Anotaciones cronológicas, 1810-1842. Tomo I*. San Salvador: Editorial Universitaria.
- Ramírez Peña, Abraham. (1910). *Por la paz de Centro América. Estudio pacifista*. San Salvador: Centro Editorial Meléndez.
- _____. (1920). *Sucinta historia de los juegos florales; discurso. Octubre de 1919*. San Salvador: Imprenta Nacional.
- Roque Baldovinos, Ricardo. (2008). "Un antecedente centroamericano de la literatura testimonial de finales del siglo XIX. El sargento Hernández de Miguel P. Peña". En: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*. No. 16, enero-junio 2008. Disponible en línea en: www.denison.edu/istmo.
- Periódico La Unión*. (1890, 14 de abril). No. 124, pp. 2-3.
- Suay, José E. (1911, marzo-abril). *La organización económica de El Salvador*. San Salvador: Imprenta Nacional.
- _____. (1912). *Estudio sobre la situación económica de El Salvador, presentado al señor Presidente de la República*. San Salvador: Imprenta Nacional.
- _____. (1913). "La obra económica del Dr. Manuel E. Araujo, Presidente de la República, 1º de marzo de 1911 – 4 de febrero de 1913". San Salvador: Imprenta Nacional. En: J. Dols Corpeño y S. Turcios (Eds.) (1914). *Libro Araujo*. Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador. Pp. 144-159.
- Turcios R., Salvador. (1915). *Al margen del imperialismo yanqui*. San Salvador: Talleres Tipográficos de Dutriz Hermanos.

